

LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA)

nuestro favor". Leiva debía obrar conjuntamente con el ejército de Tacna. "Si contra toda previsión es vencido el primer ejército, Ud. puede caer sobre el enemigo acaso vencedor por diezmado y en el desorden consiguiente al triunfo, derrotarlo". (Carta de 15 de mayo. Archivo Piérola). La correspondencia del Dictador con Zoilo Flores hace ver también sus absurdas ilusiones de aprovisionar a Arica por Bolivia y convertir a los chilenos en sitiados colocándolos entre las posiciones militares de ese puerto y el ejército de Arequipa. (Carta a Flores, 6 de abril. Archivo Piérola).

Leiva llegó a salir de Arequipa con más o menos 3.000 hombres. Cuando los chilenos precipitaron la batalla de Tacna, el 26 de mayo, hallábase en Torata, cerca de Moquegua. Sólo al día siguiente recibió las instrucciones de Campero impartidas el 24, para que bajase a Locumba con el fin de inquietar la retaguardia del enemigo mediante sus guerrilleros, retirándose hacia Candarave si el enemigo lo atacaba con fuerzas superiores, de donde le era fácil tomar las posiciones de Torata.

El 28 de mayo estuvo Leiva en Moquegua, el 29 pasó a la Rinconada y el 30 a la cuesta del Bronce, rumbo a Locumba. Ese día recibió, transmitido por el prefecto de Arequipa, un telegrama de Bolognesi desde Arica donde anunciaba la batalla y la ocupación de Tacna y agregaba: "Arica se sostendrá muchos días si Leiva jaquea aproximadamente a Sama y se une con nosotros". Por otros conductos Leiva tuvo noticias de la magnitud de la catástrofe y regresó a Arequipa. A esta ciudad llegó el 13 de junio, después de haber perdido en el camino unos 600 desertores y armamento; Piérola le había mandado la orden de dirigirse a Arica, pero ella estuvo en sus manos sólo el 8. Fue separado del comando del ejército del sur y en su lugar fue nombrado el coronel José de la Torre.

LA BAJA CALIDAD DE SUS TROPAS SEGÚN LEIVA.

Acerca de la calidad de estas tropas no ocultó Leiva en sus comunicaciones oficiales y particulares un completo desaliento. A mediados de mayo sólo un batallón tenía uniformes y muchos soldados vestían con la jerga con que salieron de su terruño; no había ninguna clase de cartucheras y correaje; en vez de zapatos calzaban ojotas; y el armamento consistía en una mezcla de rifles Peabody, Remington, Chassepot y Minié. Ni un solo ejercicio de fuego hasta

entonces se había intentado y gran parte de la tropa ignoraba hasta el manejo del rifle. Faltas más graves minaban la disciplina.

El historiador chileno Encina critica como error estratégico de Piérola haber formado los ejércitos de Gamarra y Leiva cuyos efectivos, según él, debieron reforzar a Montero; y haber dejado aislada a la guarnición de Arica.

LOS MONTONEROS. EL HÉROE GREGORIO ALBARRACÍN

En contraste con la pasividad de Leiva, montoneras audaces, cuyos cabecillas Gregorio Albarracín y el cubano Pacheco de Céspedes, lograron perdurable popularidad local, siguieron hostilizando a los chilenos en el interior del departamento de Tacna. Cuando una división chilena avanzó de la ciudad de ese nombre a ocupar Tarata, combatió con un puñado de peruanos entre los que estaba Leoncio Prado y tomó prisionero a este jefe (julio de 1880). Albarracín pereció en una celada. Pacheco de Céspedes continuó en sus correrías por la campaña de Tacna hasta el final de la guerra. Murió como montonero pierolista en la guerra civil de 1895.

II. ARICA Y SUS FORTIFICACIONES.

Al comenzar la guerra, el puerto de Arica tenía una población de más o menos, 3.000 habitantes, cantidad que había disminuido en relación con el pasado inmediato, después de los terremotos de 1868 y 1877. Allí estuvo durante algún tiempo, como Director de la Guerra, el Presidente Prado por cuyas órdenes se comenzó a llevar a cabo la defensa de la plaza. Cuando se produjo la pérdida de Tarapacá, el almirante Montero quedó como jefe militar y político del sur y tomó interés en las fortificaciones, aunque recibió el informe de que la comisión encargada de ellas no había trabajado como hubiese sido de desear y carecía de elementos. Por algún tiempo pareció que en Arica se decidiría la suerte del ejército del sur y no faltó quien pensara que utilizando la dinamita y haciendo volar el puerto, en caso de un desastre, podría producirse un hecho que sacudiría hasta las últimas fibras del corazón del Perú. Pero el ejército, en sus unidades más numerosas y el Estado Mayor, se dirigieron a Tacna y evacuaron de Arica de cuyo comando se hizo cargo el Coronel Francisco Bolognesi (después del viaje a Lima de don Camilo Carrillo) sin que las fortificaciones hubiesen podido completarse

LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA)

ni volverse formidables. La guarnición se componía en su mayoría de guardias nacionales, o sea civiles armados.

El Morro es un cerro que se elevaba hasta hace poco tiempo, hasta quinientos pies sobre el nivel del mar, cerca de la ciudad de Arica, accesible por el lado de la población y si bien con mucha dificultad, por el lado opuesto, llamado de la Licera. Hállase unido con el Cerro Gordo que lo domina un tanto. Por el lado del mar aparece completamente cortado a pique.

Las baterías de la plaza de Arica se dividieron por los nombres de Norte, Este y Sur, según las posiciones que ocupaban en relación con la ciudad. Con el nombre de baterías del Norte se conocía a las situadas al nivel de la población y eran: Santa Rosa (1 cañón de 250, sistema Vavasseur con alcance máximo de 4.000 a 5.000 metros); San José (otro Vavasseur y un Pairot que tiraba desde 5.000 metros); y Dos de Mayo (1 Vavasseur de 250). Las baterías del Este confinaban con el valle de Azapa, daban frente a los caminos de Tacna y Camarones y estaban colocadas en los dos cerros llamados del Chuño y Gordo separados el uno del otro y abiertos ambos por todos lados. Siete cañones Voruz coronaban esas alturas, defendidos por una trinchera de sacos de arena. Las baterías del Sur o Morro presentaban sobre la meseta de éste, en plataformas fabricadas sobre piedra, ocho cañones; un Pairot de a 100, un Vavasseur de a 250, seis Voruz de a 70. Diecinueve cañones tenía en total, Arica. De ellos doce eran para la defensa frente al ataque por mar y siete para la defensa por tierra.

Actuaba como comandante de las baterías del Este, Medardo Cornejo; de las del Norte Juan P. Ayllón y de las del Sur o Morro el capitán de corbeta Juan Guillermo More, el antiguo comandante de la Independencia que tenía consigo a algunos de sus camaradas y vestía entonces de civil, decidido a buscar una reparación por la desgracia de Punta Gruesa. La guarnición estaba compuesta de 160 hombres en el Morro, 92 en la batería del Este y 76 en el Norte y por las divisiones 7ª y 8ª al mando, respectivamente de los coroneles José Joaquín Inclán y Alfonso Ugarte. La 7ª constaba de tres batallones; Artesanos de Tacna (391 hombres según una lista del 5 de junio que los chilenos publicaron), bajo las órdenes del coronel Marcelino Varela; Granaderos de Tacna (218 hombres) al mando del coronel Justo Arias Aragüez; y Cazadores de Piérola (198 hombres) primeramente con el coronel Agustín

Belaúnde y el día de la batalla con el comandante Francisco Cornejo. La 8ª división estaba formada por el batallón Tarapacá (216 hombres) que obedecía al comandante Ramón Zavala y el Iquique (302 hombres) cuyo jefe era el comandante argentino Roque Sáenz Peña. En total sumaban 1.600 hombres, la mayoría provenientes de Tacna y Tarapacá. Su armamento era heterogéneo. En el puerto veíase anclado como una batería flotante, el monitor Manco Cápac.

Este barco hizo el milagro de moverse para un encuentro con el Huáscar que, mandado por el marino chileno Manuel Thompson, intentó hundirlo. Thompson perdió la vida, (27 de febrero de 1880). Comandaba el Manco Cápac José Sánchez Lagomarsino y se consideró que había realizado un hecho "increíble" ante el enemigo.

Bolognesi, al tomar posesión de la jefatura de la plaza de Arica, demostró una actividad y un entusiasmo extraordinario, con los que asombró a quienes, por sus encanecidos cabellos veían en él sólo a un anciano. "Todo lo emprendió (dice la relación de un testigo publicada en La Patria de Lima el 1º de setiembre de 1880) sin arredrarse por la escasez del tiempo y su falta absoluta de elementos". Trató, en efecto, de dar organización autónoma a cada cuerpo y a cada batería para que tuviesen su individualidad, sin perjuicio de la unidad del comando. Formó partidas de caballería para que vigilaran por, el sur y por el norte. Mejoró el alimento de la tropa y subió a libra y media su ración de carne. En relación con la defensa se orientó en dos sentidos; la atención de la existente y la colocación de las minas. En cuanto a lo primero, fueron puestos parapetos y llegaron a ser trasladados algunos cañones al Morro; en el sector del norte se cuidó de la batería San José que estaba en plena pampa todavía y por el lado de Cerro Gordo también fueron levantados parapetos aunque llegaron a ser sólo del espesor de un saco lleno. Así frágiles trincheras de arena surgieron en todos los lados en que el Morro es accesible. Las minas, cuyo emplazamiento estuvo a cargo del ingeniero Teodoro Elmore, fueron tendidas en una triple red, aunque en realidad faltaban obreros, herramientas, tiempo y dinero.

"A tal punto llegó la falta de recursos (cuenta J. Pérez en el interesante folleto publicado en Lima en 1880 y titulado Arica. Sus fortificaciones, asalto, defensa y ruina por un testigo y actor) que no hubo

LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA)

dos reales para comprar una vasija en qué manejar los ácidos". Bolognesi tuvo, además, dificultades para obtener unas cuantas varas de bayeta con qué abrigar a la tropa y a los oficiales. Afrontó también con energía y tino aislados casos de desertión e indisciplina que contrastaron con el espíritu combativo de la inmensa mayoría de los defensores de Arica. Uno de los que le suministró recursos fue el comerciante italiano Domingo Pescetto, alcalde de la ciudad.

LOS DEFENSORES DE ARICA DESPUÉS DE LA BATALLA DE TACNA.

La guarnición de Arica sintió el eco del cañoneo del 26 de mayo y vio las enseñas de júbilo en los barcos chilenos que bloqueaban el puerto. Los "propios" mandados donde se suponía estuviera Montero, no regresaron. Un telegrama dirigido a éste en Pachía pidiendo propios y órdenes a las 8 p.m. del 26 de mayo y agregando: "Aquí sucumbiremos todos antes de entregar Arica", no obtuvo respuesta. Bolognesi confiaba aun en que el ejército aliado no hubiera quedado destruido y en que parte de él, a órdenes de Montero, acudiría como refuerzo al puerto. Más tenaz fue la esperanza en que Leiva, al mando del llamado segundo ejército del Sur, avanzaría sobre Sama y llegase a Arica.

La decisión adoptada por Montero sobre la suerte de Arica fue la de ordenar que se retirase la guarnición... Según explicó en un documento publicado para rectificar a la exposición de Campero sobre la batalla de Tacna, quiso utilizar el telégrafo; pero encontró la línea interrumpida. Sin embargo, el jefe chileno Lynch mandó desde Iquique al mismo Amunátegui en Santiago el 8 de junio un despacho para informarle que se había encontrado en Arica un parte de Montero enviado después de la batalla de Tacna, cuyo texto era el siguiente: "No piensen en resistir que la ira de Dios ha caído sobre el Perú". Esta comunicación, sin duda, no existió realmente; pero no debieron faltar entre los defensores de Arica quienes pensarán con el pesimismo que ella exhibe. El testimonio de Lynch se halla desmentido por el parte oficial de Manuel C. de la Torre firmado en Arica a bordo del Limarí el 9 de junio de 1880 en que dijo: "El valiente coronel Bolognesi, jefe de la plaza, no recibió ni al siguiente día del 26 ni nunca, propio ni comunicación oficial alguna que, dando a conocer el estado en que había quedado

nuestro ejército y el punto a que se retiraba, le indicara la norma de conducta que debía seguir la plaza de Arica...". Agrega que la defensa de la plaza fue resuelta en junta de guerra "en obediencia de una orden del general Montero dada con fecha 24". Del Solar escribió a Piérola en una carta desde Tarata el 31 de mayo: "Nada sabemos hasta ahora de Arica, pero su pérdida es inevitable". Y en otra del mismo lugar, con fecha 3 de junio: "Hoy he mandado a un jefe intrépido, al coronel Pacheco (cubano) a Arica dándole cuenta a Bolognesi de lo que ocurre y dándole mi opinión sobre la situación en que se encuentra. Le digo que destruya los cañones y cuanto elemento bélico hay en Arica y que salve los 2.500 hombres que allí tiene para pasar ese ejército a Moquegua y unido al coronel Leiva. No sé lo que hará, ni si le parecerá a Ud. bien".

Pacheco nunca llegó a Arica. Un telegrama de Bolognesi al prefecto de Arequipa el 28 de mayo expresó: "Esfuerzo inútil. Tacna ocupado por enemigo. Nada oficial recibido; Arica se sostendrá muchos días y se salvará perdiendo enemigo si Leiva jaquea aproximadamente Sama y se une con nosotros. Hágale propios. Estoy incomunicado".

LA CAPTURA DE ELMORE.

El 1º de junio comenzaron a moverse los regimientos chilenos precedidos por la caballería. El ingeniero Teodoro Elmore había sido comisionado para minar un sitio en la orilla norte del río Lluta y para hacerlo explotar cuando lo atravesara el enemigo. Elmore prendió fuego. Algunos cazadores chilenos de a caballo salieron contusos por el estallido de las minas; pero los demás pasaron e hicieron prisionero al ingeniero. Su compañero Pedro Ureta quedó herido y falleció poco después. Este episodio probaría que las minas eran ineficaces.

EL BOMBARDEO DE ARICA Y LAS PRIVACIONES DE LA GUARNICIÓN DE ESTA PLAZA.

Poco a poco fueron acampando en las inmediaciones de la plaza las tropas invasoras. El general chileno Baquedano ordenó el bombardeo de Arica "creyendo (dice Bulnes) que bastaría eso para que se rindiera". El fuego de los cañones invasores desde uno de los cerros vecinos no pudo ser contestado con éxito por los cañones del Morro que no alcanzaban a ese sitio.

LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA)

Al efecto psicológico de las noticias sobre la batalla de Tacna, la retirada de Montero, la demora de Leiva, la prisión de Elmore y el bombardeo enemigo, se agregaron otros problemas. Hay un acta fechada el 31 de mayo de los comandantes generales, jefes de detalle y primeros jefes de cuerpo, donde aparece Bolognesi exponiendo que se hallaban "todas las fuerzas residentes en la plaza hace día sin diarios con motivos de no haber remitido buenas cuentas del señor Comisario cuyo paradero se ignora; y que actualmente no se contaba con la más insignificante suma de dinero para atender a los urgentes gastos que se presentaban para las obras de defensa". Por ese motivo solicitó aquel día permiso para vender dos de los tres depósitos de carbón existentes con el objeto de atender las necesidades de la plaza; y se dejó constancia de que si no eran vendidos habría que quemar dichos depósitos "para que no los aproveche el enemigo en caso de un fracaso".

LA CARTA DE BOLOGNESI EL 4 DE JUNIO.

Bolognesi despachó el 4 de junio la siguiente carta: "Señor General Montero o Coronel Leiva. -Este es el octavo propio que conduce tal vez las últimas palabras de los que sostienen en Arica el honor nacional. No he recibido, hasta hoy, comunicación alguna que me indique el lugar en que se encuentra ni la determinación que haya tomado. El objeto de éste es decir a U.S. que tengo al frente 4.000 enemigos poco más o menos a los cuales cerraré el paso a costa de la vida de todos los defensores de Arica aunque el número de los invasores se duplique. Si U.S. con cualquier fuerza ataca o siquiera jaquea la fuerza enemiga, el triunfo es seguro. Grave, tremenda responsabilidad vendrá sobre U.S. si, por desgracia, no se aprovecha tan segura, tan propicia oportunidad. En síntesis, actividad y pronto ataque o aproximación a Tacna es lo necesario por parte de U.S. por la nuestra cumpliremos nuestro deber hasta el sacrificio. Es probable que la situación dure algunos días más y, aunque hayamos sucumbido, no será sin debilitar al enemigo hasta el punto de que no podrá resistir empuje de una fuerza animosa, por pequeño que sea su número. El Perú entero nos contempla. Animo, actividad, confianza y venceremos sin que quepa duda. Medite U.S. en la situación del enemigo, cerrado como está el paso a sus naves. Ferrocarril y telégrafo fueron inutilizados; pero hoy ya

funcionan trenes para el enemigo. Todas las medidas de defensa están tomadas, espero ataque pasado mañana, resistiré. Hágame propios cuantos sea posible. Dios guarde a U.S. Francisco Bolognesi".

LA PROPUESTA DE RENDICIÓN Y LA RESPUESTA DE BOLOGNESI.

La población del puerto había empezado a abandonarlo desde el 2 y Bolognesi redoblaba sus preparativos para la lucha, obteniendo dinero y abrigo para los soldados. Al mismo tiempo telegrafió varias veces: Apure Leiva. Su telegrama del 5 de junio decía: Apure Leiva. Todavía es posible hacer mayor estrago en el enemigo victorioso. Arica no se rinde y resistirá hasta el último sacrificio. Pero Leiva, cuyas tropas no eran, como se ha visto; según él, de gran importancia militar, regresó a Arequipa. El comando chileno destacó a las 7 de la mañana del día 5 a un parlamentario, que fue el mayor Juan de la Cruz Salvo. Fue este jefe recibido por Bolognesi en la casa donde él habitaba al pie del Morro dando vista a la calle principal del puerto en su corredor, entonces pintado de azul. Dicha casa es hoy propiedad del Estado peruano y sirve como Consulado.

La conversación entre el jefe peruano y el parlamentario chileno fue breve. Bolognesi invitó a Salvo a sentarse a su lado en un pobre sofá colocado en la testera de un salón entablado pero sin alfombra y sin adornos que una mesa de escribir y unas cuantas sillas. Después de expresar que el general en jefe del ejército de Chile quería evitar un inútil derramamiento de sangre, cuando ya había sido vencido en Tacna el grueso ejército aliado. Salvo dijo que tenía el encargo de pedir la rendición de la plaza "cuyos recursos en hombres víveres y municiones conocemos".

"Tengo deberes sagrado, repuso Bolognesi, y los cumpliré hasta quemar el último cartucho".

Cuando Salvo hizo ademán de retirarse para dar por terminada su misión, Bolognesi le advirtió que había dado un punto de vista personal y que debía consultar con sus jefes por lo cual enviaría su respuesta a las 2 de la tarde. Salvo no aceptó esta demora. Bolognesi le anunció que haría la consulta de inmediato y en presencia del jefe chileno. Lo ocurrido entonces ha quedado no en los labios de sobrevivientes exagerados ni en las crónicas de corresponsales imaginativos ni en una irresponsable tradición popular. Se halla en los siguientes telegramas: "Junio 5.

Recibido el 6 a las 9 a.m. Prefecto Arequipa. Parlamentario impone rendición. Contestación, previo acuerdo de jefes: "Quemaremos el último cartucho. Bolognesi". "Junio 5 (Recibido a las 2 y 40 p.m.). Prefecto de Arequipa. Suspendido por enemigo cañoneo. Parlamentario dijo: "General Baquedano por deferencia especial a la enérgica actitud de la plaza desea evitar derramamiento de sangre". Contesté según acuerdo de jefes: Mi última palabra es quemar el último cartucho. Viva el Perú. Bolognesi.

El parte oficial, firmado por Manuel Baquedano en Arica el 21 de junio de 1880 confirma la efectividad de esta escena y agrega: "El señor Bolognesi respondió, después de consultar con sus jefes compañeros, que estaba dispuesto a salvar el honor de su país quemando el último cartucho".

Vicuña Mackenna dio del episodio una versión muy difundida a base del relato que le hizo Salvo. No se trató, pues, de la bravata de un jefe sino del voto de una junta. Voto emitido por segunda vez. Según el parte de Manuel C. de la Torre, fechado el 9 de junio, después de que se supo la derrota sufrida en Tacna quedó resuelta en junta de guerra la defensa de la plaza, en obediencia de una orden del señor General Montero, dada con fecha 24, para el caso de un fracaso de nuestro ejército"... Allí se acordó también el plan de defensa y cada uno de los jefes y secciones de las fuerzas terrestres y marítimas "ocuparon sus puestos, resueltos todos a un sacrificio seguro". Por eso es que La Torre, al dar cuenta de la respuesta a Salvo, dice que fue "previo acuerdo de una junta de jefes de las fuerzas defensoras cuya unánime opinión fue consecuente a la determinación adoptada en días anteriores".

Sobre el número y los nombres de quienes asistieron a la reunión con Salvo ha habido algunas discrepancias de detalle. Según una versión fueron, además de Bolognesi, el capitán de navío Juan Guillermo More; los coroneles José Joaquín Inclán, Justo Arias y Aragüez, Marcellino Varela, Alfonso Ugarte y Mariano E. Bustamante; y los tenientes coroneles Manuel C. de la Torre, Ricardo O'Donovan, Francisco Cornejo, Roque Sáenz Peña, Ramón Zavala, Juan Ayllón y Medardo Cornejo, Gerardo Vargas omite a Ricardo O'Donovan, y a Francisco Cornejo, y menciona a Benigno Cornejo, Francisco Chocano y (cosa muy probable) al capitán de fragata José Sánchez

Lagomarsino. A. Bustamante le da el rango de comandante y no el de coronel que le corresponde. Otra versión, menos verosímil, afirma que fueron veintiocho o veintiséis jefes, incluyendo los tenientes coroneles y los sargentos mayores.

LA JUNTA DE LOS JEFES DE ARICA EN MAYO Y EL BANQUETE DE ELLOS. LOS PRÓFUGOS DEL MORRO.

Gerardo Vargas H., historiador ariqueño ya citado en su libro La batalla de Arica, insiste en que Bolognesi convocó a una reunión de sus jefes inmediatamente después de la batalla de Tacna. A ella asistieron, según asevera, veintisiete jefes. El acuerdo adoptado habría sido morir antes de rendir la plaza y activar los trabajos de defensa para resistir al enemigo. Vargas se apoya para dar los detalles acerca de esta junta en unos apuntes de Fermín Federico Sosa, subprefecto de Arica y en informaciones verbales de varios sobrevivientes.

Afirma, asimismo, Vargas que la única voz que abogó en la reunión mencionada a favor de la capitulación fue la del comandante del batallón Cazadores de Piérola, Agustín Belaúnde. Recoge en seguida la versión, muy difundida en Arica y en Tacna, de que luego Belaúnde fugó al saber que, por razones disciplinarias, había sido decretado su arresto a bordo del monitor Manco Cápac, tomando análoga actitud el sargento mayor Manuel Revollar, del mismo cuerpo y otros. Sostiene que es deber suyo hablar de estas cosas y recuerda que el historiador chileno Molinare consignó la cobardía de dos jefes de esa nacionalidad en los momentos de iniciarse el asalto de Arica: los comandantes Ricardo Castro y Luis José Ortiz.

Narra a continuación que Agustín Belaúnde fue, elegido, por influencia de Piérola, diputado por Tayacaja en 1896, suscitando la protesta de los diputados por Tacna libre. Pero en 1896 no hubo elecciones. En el Congreso de 1895 el diputado propietario por Tayacaja fue Casimiro Pacheco y el suplente José Ramón Serpa. Al iniciarse la legislatura de 1897 se incorporó a la Cámara el señor Serpa. En la junta preparatoria del 22 de julio de 1899 se incorporó Carlos A. Belaúnde (no Agustín Belaúnde) como diputado propietario por Tayacaja. Sin objeción alguna la versión del historiador ariqueño

LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA)

aquí es errónea.

Otra noticia a la que dedica especial atención Vargas es la del banquete ofrecido por Alfonso Ugarte a Bolognesi y a los demás jefes de la guarnición en la que se reiteró la voluntad del sacrificio. Vargas califica a esta reunión como "el juramento de los héroes".

LA RESISTENCIA DE ARICA.

Bolognesi y sus hombres hubieran podido abandonar Arica inmediatamente después de la batalla de Tacna, para buscar la retirada hacia Bolivia o el contacto con Leiva. Cuando ya se colocó la artillería chilena "en los elevados cerros que oprimen la ciudad como un arco inmenso de granito", fue imposible que ignorasen que estaban perdidos. En el mar vigilaba la escuadra enemiga. La ilusión de las minas, que no podía exagerarse sino en mentes sencillas, había sufrido un grave quebranto después de la captura de Elmore. Arica había quedado aislada del ejército peruano. La campaña del sur estaba liquidada ya. Resistir o capitular era un problema de honra; pero aparentemente no era un elemento esencial en el desarrollo inmediato de las operaciones de la guerra. La decisión de luchar podía ser lógica en un anciano para quien "todo era indiferente, todo lo que no estaba escrito en algún artículo de la ordenanza o en el sentimiento del honor militar", según las palabras de Sáenz Peña. Como si se hubiera anticipado a esta sospecha, Bolognesi convocó a la junta de jefes. Sáenz Peña cuenta que al dirigir la palabra en esa ocasión aludió a los pocos días que le quedaban de vida y a su supremo deseo de morir con gloria, añadiendo que pedía la libre opinión de sus oficiales, muchos de ellos jóvenes que podían ser útiles para el país y servirle en el porvenir. Uno por uno contestaron los jefes por orden de graduación encabezados por More, vestido de paisano pero con corbata blanca de marino. Es evidente que el pensamiento de un porvenir lisonjero tenía que surgir en la mente de muchos de ellos. Estaban allí, entre otros, Ramón Zavala, rico industrial salitrero y sobre todo sonreía en la vida; patriarcas tacneños como Arias y Aragüez e Inclán, hombres maduros, amados por su pueblo y amantes de él, que todavía podían poner el hombro en la reconstrucción; Sáenz Peña, que pudo invocar su condición de extranjero y no lo hizo y vino a resultar no sólo un actor sino también un testigo de estos hechos, un testigo que iba a encabezar más tarde un

homenaje internacional. Las campañas del sur fueron campañas del ejército profesional peruano; pero Arica simboliza el comienzo en el predominio de las milicias urbanas. De esos jefes no todos eran militares de profesión; algunos eran civiles, con grados episódicos y había hasta marinos sin barco. Ni una voz discrepante se alzó.

Como en la vieja balada sajona de Maldon, los defensores de Arica dijeron: "Cuando menos sea nuestra fuerza más animoso debe ser nuestro corazón".

Las tropas de que disponía Bolognesi que llegarían (como se ha dicho) a unos mil seiscientos hombres, carecían de fuerzas de caballería que les hubieran facilitado el servicio de seguridad exterior de la plaza. El ejército chileno tenía, según testimonios de esa nacionalidad, cinco mil hombres al mando del coronel Pedro Lagos y contaba con el apoyo de la escuadra compuesta del Cochrane, la Covadonga, el Loa y el Magallanes. Otras versiones hacen subir el número de hombres de dicho ejército a ocho mil.

LA TRAYECTORIA DE BOLOGNESI.

Francisco Bolognesi nació en Lima, en la calle Afligidos, hoy jirón Caylloma el 4 de noviembre de 1816, según la versión generalmente aceptada, de acuerdo con una partida de bautismo que exhumó Ismael Portal. Documentos encontrados hace poco han llevado a algunos a suponer (sin confirmación) que nació en fecha posterior en Arequipa, habiendo muerto antes un hermano suyo del mismo nombre. Su padre fue italiano: Andrés Bolognesi, sobresaliente violoncelista, director de orquesta, oriundo de Génova, llegado al Perú en 1810 para establecerse primero en Arequipa. Su madre, arequipeña, llamóse Juana Cervantes Pacheco. Tuvo tres hermanos: Margarita y Manuela, casadas con extranjeros y alejadas del Perú y Mariano, que llegó a ser coronel de artillería.

Francisco trabajó primero en el comercio. Por un tiempo, asociado con capitalistas del Cuzco, explotó cascarilla, coca y café en las montañas de Carabaya, en el departamento de Puno. Al formarse en Arequipa la guardia nacional en 1853, con motivo del litigio que había surgido con Bolivia, fue designado 2º jefe del regimiento de caballería con el grado de teniente coronel. Entró al ejército profesional en el arma de artillería al producirse la sublevación de aquella ciudad contra Echenique en enero de 1854 con el mismo grado de teniente coronel y como 2º

LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA)

jefe del batallón Libres de Arequipa. En esa campaña fue nombrado comisario general del ejército libertador. Luego llegó a ser ayudante de campo del Presidente Castilla y adscrito a la Inspección General del Ejército. Participó como comandante del Escuadrón Volante y primer jefe de la brigada de artillería, en el asalto de Arequipa en marzo de 1858 y llegó a ser herido en el fuerte Santa Rosa. El 10 de marzo de 1858, en mérito de su actitud heroica, por acción distinguida en armas y haber comprometido la gratitud nacional, fue ascendido a coronel efectivo de artillería. En 1859 actuó en la campaña del Ecuador.

El Presidente Castilla, amigo suyo, le envió en marzo de 1860 a Europa con la finalidad de comprar armamento. Regresó en febrero de 1862 con cincuenta y cuatro cañones, la primera artillería rayada que tuvo el Perú. Con motivo de unas pruebas de ella efectuadas en las playas de Conchán, se produjo una polémica periodística y Bolognesi, en un artículo publicado en El Comercio, salió en defensa del Cuerpo de Artillería (7 de abril de 1862).

En 1864 recibió del Presidente Pezet una nueva comisión similar a la de 1860-62. Fue él quien consiguió los cañones de grueso calibre para la defensa del Callao. Comandante General de Artillería desde 1862, permaneció en ese cargo hasta el 30 de octubre de 1871, fecha en que se retiró del ejército a la edad de 55 años. En 1868, con retención del cargo, fue gobernador civil del Callao.

Al estallar la guerra con Chile ofreció sus servicios y se le mandó en condición subalterna al ejército que debía guarecer Tarapacá, hasta que recibió el comando de la 3ª división con la que asistió a las jornadas de San Francisco y Tarapacá. Se distinguió notablemente en esta última.

Casado con doña Josefa La Puente y Rivero, tuvo cuatro hijos: Margarita, Federico, Enrique y Augusto. Estos dos últimos murieron heroicamente en las batallas por la defensa de Lima.

"El coronel Bolognesi (dice Sáenz Peña en Mis recuerdos) era un hombre de pequeña estatura. Había lentitud y dureza en sus movimientos, como lo había en su fisonomía; la voz era clara y entera a pesar de su ancianidad; los años y los pesares habían plateado su cabello y su barba redonda y abundante, destacaba la tez bronceada de su rostro enérgico y viril". También expresa Sáenz Peña: "su inteligencia era inculta, carecía de preparación pero tenía la percepción clara

de las cosas y de los sucesos; la experiencia de los años y la malicia que se desenvuelve en la vida inquieta de los campamentos habían dado a su espíritu cierta agilidad de concepción... Había conocido los ejércitos europeos y hecho estudios detenidos sobre armamentos. Recordamos haber leído sus trabajos manuscritos; carecían absolutamente de forma; pero en el estudio comparativo revelaban su conocimiento exacto de las armas modernas". También lo pinta, ordenancista y soldado sobre todas las cosas; respondiendo a quien dijo que en San Francisco el ejército aliado no debió atacar el cerro sin apoderarse del agua: "Puede ser, pero yo no tenía sed"; combatiendo en Tarapacá a pesar de hallarse enfermo con altísima fiebre; infatigable en el servicio y apareciendo en todas las avanzadas de Arica.

Nota fundamental de la personalidad de Bolognesi fue la altivez ante la muerte. Sáenz Peña cuenta también que después de la batalla de Tarapacá, le dijo: "Las balas chilenas apenas llegan a las suelas de mis botas", señalando su pie derecho porque un proyectil le había llevado un tacón de sus granaderas. La misma actitud emerge en varios documentos finales de este peruano ejemplar. Así, en una carta escribió el 21 de mayo de 1880: "Aquí estoy bien de salud, esperando sólo que venga el enemigo para recibirlo sin que me importe su número".

EFIGIE DE BOLOGNESI.

Había vivido Bolognesi sin mancharse ni con el lodo de las guerras civiles ni con la locura de las riquezas dilapidadas simultáneamente. A pesar de su modestia, de su sencillez, le tocó transfigurarse a los sesenta y tres años. Cuando todo se apagaba, él y sus camaradas obtuvieron allí con su decisión irrevocable que los revestía de una sagrada tristeza y los circundaba de una perenne claridad. En ellos la dignidad humana fue superior a la muerte. Antes de pronunciar sus famosas palabras, la mirada silenciosa y honda del héroe conoció y superó todas las infamias del mundo, vio toda la guerra con la extraña soledad que infunden el honor y la energía del hombre libre y el limpio afán de proceder bien. Un pueblo entero pasó en unos minutos por aquella habitación desmantelada con sus equivocaciones y sus pecados y sus sueños de grandeza y su futuro esplendoroso. Le cayeron los años sobre el rostro al viejo

coronel y habló como después de muerto. Una llama clara e intensa le brilló en los ojos mientras el aire de la mar jugaba con sus cabellos canos. Su palabra centelleó como el acero arrebatado de un golpe a la vaina. Dijo sólo una frase breve y ella quedó viva callando luego el estrépito del combate y las dianas de la victoria. Flamea como una bandera al viento de la historia.

Bolognesi y los suyos probaron que ni los ejércitos ni los pueblos ni los hombres deben fijarse exclusivamente en la utilidad inmediata o en las consecuencias visibles de sus grandes decisiones. El que muere donde debe, vence y sirve. La astuta prudencia saca con reparos perezosos excusa para la tibieza transitoria, la inactividad y el egoísmo. Como con bubas en el rostro y jorobas en la espalda suelen pasar los que ante las penas de la patria se escabullen y están como fugados. Los verdaderos vencidos, a veces los verdaderos muertos, son los que son por obra de ellos mismos: por su desidia, su cobardía, su malignidad o su soberbia. La patria no fue inflexible en aquella época tremenda o después de ella con quienes la desampararon so capa de comodidad, duda o impotencia y no dijo "Esos" con la mirada como un látigo sobre sus carnes y sus almas, ni puso en cadenas al deber desatendido. Pero dijo, en cambio, amorosamente, "Estos" a los que infundieron máxima belleza y grandeza a su agonía y alargaron el agua a su sed cuando estaba siendo crucificada.

Hay diferentes modos de dormir en la soledad de las tumbas. Bolognesi y sus compañeros están siempre acompañados por un cariño y un respeto espontáneo y multitudinario porque, al inmolarse, le dieron al Perú algo más importante que una lección de estrategia: le dieron símbolos nacionales, aliento misterioso para el alma colectiva. Y es que el dolor puede ser la mejor fuente de júbilo, de reanudación de tarea nueva.

Para el ejército peruano Bolognesi es con Cáceres lo que Grau para la marina. Cada año los cadetes juran ante su recuerdo de fidelidad a la bandera. Con los elogios que en prosa y en verso se ha dedicado y dedica a ambos, podrían formarse muchos volúmenes. Buques de guerra, provincias, caletas, colegios, puentes, calles, avenidas, teatros, clubs deportivos llevan sus nombres. Casi no hay población peruana sin monumentos o bustos suyos. Sus retratos adornan las oficinas públicas y el despacho del Presidente de la República cómo también casas y tiendas humildes. Lo mejor que el Perú de la reconstrucción pudo albergar, en

Grau y en Bolognesi en Cáceres se inspiró.

EL BOMBARDEO Y LA INTIMIDACIÓN DEL 6.

La artillería chilena terrestre y naval llevó a cabo un segundo bombardeo el 6 de junio. Dice el parte chileno: "Abrigamos entonces la esperanza de que con esas tentativas los peruanos desistirán del propósito de seguir combatiendo, inútilmente, sin probabilidades de triunfo. Al mismo tiempo, obligándoles a batirse, le dábamos oportunidad para salvar el honor de su país y entrar en honrosa y cuerda capitulación". El ataque por mar duró tres horas (de la 1 a las 4 de la tarde) y el de tierra cinco porque empezó a las 11 de la mañana. Se cambiaron 343 tiros, 272 por los chilenos y 71 por la plaza. La Covadonga recibió dos balazos de a 150 que la obligaron a dirigirse a Iquique para repararse y el Cochrane tuvo muchos golpes en el blindaje y 28 bajas. Las baterías de tierra no sufrieron daño visible.

A la media noche del 5, Lagos, después de haber estado acampando en el valle de Azapa, con tropas escogidas y después de dejar encendidos sus fuegos trepó, sin que se le sintiera, a las lomas que iba a atacar por retaguardia y que dominaban el Morro por el oriente. En la tarde del 6, sin embargo, despachó con una última intimidación al ingeniero Elmore, quien (según su testimonio) regresó con un papel sin firma donde se decía que los defensores de Arica "no estaban distantes de escuchar las proposiciones dignas" que puedan hacerse oficialmente llenando las prescripciones de la guerra y del honor.

En este documento anónimo no había el ofrecimiento de una rendición sino una aquiescencia para entrar en nuevas negociaciones. Podía ser una maniobra dilatoria, podía ser una expresión de desacierto ante el empleo de un peruano como parlamentario. En el Senado de Chile Benjamín Vicuña Mackenna dio a conocer la supuesta contestación en diciembre de 1880. Manuel C. de la Torre y Marcelino Varela, jefes peruanos prisioneros en San Bernardo, se apresuraron a rectificarle. Afirmaron enfáticamente que ni en el consejo de guerra del 6 de junio ni en ningún otro se acordó rendir la plaza. Ningún jefe de Arica firmó nota o documento oficial alguno que expresaran tal decisión y el señor Elmore no era el destinatario lógico de la importante misiva comunicándosela, sino el general Baquedano o el coronel Lagos. El jefe de la plaza o del Estado Mayor hubieran debido

LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA)

aparecer suscribiendo un papel de tanta trascendencia. Agregaron, además, Varela y La Torre, que ni Baquedano ni Lagos esgrimieron el dato enarbolado por Vicuña Mackenna y preguntaron cómo fue emprendido entonces el ataque en la madrugada del 7, lo cual implicaba suponer "que el señor general Baquedano y todos los señores jefes chilenos no conocían las leyes de la guerra, lo que es falso, o que conociéndolas, quisieron sacrificar estérilmente la sangre de los suyos".

Manuel C. de la Torre en su parte a bordo del Limari el 9 de junio había antes expresado: "El jefe de la plaza, de acuerdo con la junta, se negó a reconocer al señor Elmore con el carácter de parlamentario y le despidió indicándoles contestar: "que sólo estaba dispuesto a recibir parlamentarios en forma y con arreglo a las prescripciones militares del caso".

Elmore se esforzó en prevenir a los jefes peruanos que el ataque vendría por la baterías del Este, como ocurrió: pero no fue creído.

LA SEGUNDA PROPUESTA DE RENDICIÓN

Una carta de Teodoro Elmore a su madre, escrita desde la prisión de Arica, reproducida por Gerardo Vargas H. en su libro citado, ofrece algunos pormenores sobre la segunda propuesta de rendición: "Después de dos días en cañoneo y sin esperanza de ver un solo soldado de Montero o de Leiva, con conocimiento de la animación que notaba en la tropa chilena de arrasar todo, no tuve inconveniente en aceptar la misión, bajo mi palabra de honor. Una explosión de entusiasmo fue mi presencia en el pueblo, tanto más cuanto que durante el día se había hecho algunos tiros felices de los fuertes sobre la escuadra y las baterías de la artillería enemiga. Mi posición, por lo mismo, fue muy difícil en el consejo de guerra que se reunió: sin embargo fui franco y les manifesté que si yo hubiese estado con ellos, hubiera participado en primer término de la obstinación que todos manifestábamos: pero no conociendo, como conocía, al enemigo, sabiendo que no había esperanza y habiendo apreciado el mérito de la resistencia por dos días de cañoneo, no vacilaba en pedirles que se fijasen mucho en el fin que se perseguía que no era otro que salvar el honor, ya satisfecho. Les expresé el peligro en que se encontraban de irritar el espíritu vandálico enemigo y la conveniencia de ahorrar centenares de vidas: terminé

diciéndoles que sólo les llamaba la atención sobre esos puntos, absteniéndome de manifestarles mi opinión por el carácter que en ese instante investía. Después de una detenida discusión en que todos los jefes manifestaron tanto brío como juicio, se acordó hacerme regresar".

El médico ecuatoriano de la ambulancia de Arica J. Pérez en su folleto Arica. Sus fortificaciones, asalto, defensa y ruinas (Lima, 1880) dice: "El comisionado manifestó en pleno consejo sus impulsos, deseos y temores: cumplió con su cometido diciéndoles la verdad de lo que pasaba en el campamento enemigo, en medio del que había estado cinco días mortales". El mismo autor cree que "el honor se había salvado con los dos hermosos días de resistencia sin que por consiguiente, hubiera nada qué perseguir en lo sucesivo". Pero (agrega) la idea era una, la intención la misma, la mirada invariable entre los defensores: los halagos de la salvación, el brillo de la honra adquirida en dos días de fuego, la pérdida de toda esperanza del exterior, los temores del desbordamiento del enemigo, nada absolutamente nada, podía haber hecho cejar a ninguno de estos inflexibles patriotas"...

EL ASALTO DEL 7 DE JUNIO.

Al amanecer del 7 de junio de 1880 fue el asalto. Empezó, de acuerdo con el plan chileno, en la retaguardia, por las baterías de Este que confinaban con el valle de Azapa. Las tropas asaltantes se sortearon los puestos de mayor peligro. En el fuerte de la Ciudadela cayó, dando ejemplo de extraordinaria bravura, el anciano Arias y Aragüez, después de matar a cinco chilenos con su espada. La explosión del polvorín efectuada por el cabo Alfredo Maldonado hizo volar no menos de diez chilenos y mucho mayor número de peruanos. Empezó entonces una feroz matanza de prisioneros: "a la verdad (dice Vicuña Mackenna) según unos, de los 400 artesanos de Tacna escaparon sólo diez, según otros sólo un negrito...". En el otro fuerte del Este cayeron luchando el jefe de estado mayor de la 7ª división Ricardo O'Donovan, comerciante y diputado por Trujillo, su ciudad natal y Francisco Cornejo, segundo jefe de los Cazadores de Piérola, encargado del mando de este cuerpo y también el patricio José Joaquín Inclán que a medio vestir salía de su tienda con un revólver en la mano para dejar cumplida su heroica promesa de sacrificarse por su patria. "El Morro había estado en

LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA)

silencio en los primeros momentos del combate. No había allí sino un cañón abocado a tierra. More armó con rifles a sus artilleros y despachó a sus mejores capitanes. Adolfo King, figura prócer del Callao y Cleto Martínez, a sostener los parapetos del Cerro Gordo que servían como zaguán al Morro, con unos ochenta o cien hombres equipados a la ligera, ambos capitanes perecieron. Alfonso Ugarte había corrido a caballo a traer su división, sacándola rápidamente de los fuertes del Norte. Pero al llegar los primeros grupos del batallón Iquique con Sáenz Peña y del Tarapacá con Ramón Zavala, cayó mortalmente herido este último distinguido jefe y prominente ciudadano y cayó también su segundo, Benigno Cornejo. Igual suerte corrieron el jefe de estado mayor de la 83 división coronel Mariano E. Bustamante y el segundo jefe del Iquique Isidoro Salazar. En los fuertes del Norte el comandante Ayllón reventó los cañones y prendió fuego a los polvorines. Las explosiones no cortaron el asalto: pero enfurecieron más, en muchos casos, a los atacantes y a la vez solían dañar a los propios peruanos. Los parapetos hechos con sacos de arenas fueron cortados con cuchillos y superados. La resistencia final tuvo lugar en el Morro mismo, a donde las tropas chilenas que habían ocupado el Cerro Gordo pudieron dirigirse sin subir ninguna pendiente. Allí estaban Bolognesi, More, Ugarte, Sáenz Peña, Armando Blondel, tacneño, hijo de un comerciante francés, con los restos del Tarapacá, el Iquique, el Artesano y el Granaderos de Tacna. Eran unos pocos hombres contra muchos asaltantes. Todo había concluido después de las ocho de la mañana. Blondel murió al pie del pabellón. El monitor Manco Cápac fue hundido por su comandante José Sánchez Lagomarsino, si bien él y los demás tripulantes se salvaron. La lancha torpedera Alianza (llegada en la Unión) salió de Arica con el propósito de escapar con rumbo al norte y fue perseguida y cañoneada. Sus tripulantes la vararon y destruyeron cerca de Ilo. La mandaba el teniente 1º Juan Fernández Dávila.

Los chilenos, en sus documentos oficiales, dieron como bajas 474 hombres, entre ellos 5 jefes y oficiales muertos (incluyendo al comandante del 4º de línea. Juan José San Martín) y 18 heridos: 114 soldados muertos y 337 heridos.

En su parte oficial fechado en Arica el 11 de junio de 1880, Pedro Lagos expresó, al referirse a la fase final del combate: "El 4º (de línea) logró apoderarse del fuerte del

centro 40 minutos después del primer disparo y apagó por completo los fuegos del Morro 20 minutos después", Luis Solo Zaldívar, comandante accidental del regimiento 4º de línea por haber muerto en la acción su jefe el teniente coronel Juan José San Martín, no indica en su parte tampoco que se hubiera cesado de luchar hasta el último.

Manuel Baquedano en el informe general por él elevado al Ministerio de Guerra el 21 de junio de 1880, escribió: "Perdidos sus últimos atrincheramientos, los peruanos hicieron volar los fuertes del Norte. La lucha había sido porfiada y sangrienta hasta lo increíble. A las 9 a.m. la plaza era completamente nuestra y la bandera de Chile se ostentaba en los fuertes y en los edificios públicos"... "El enemigo perdió a sus mejores jefes. El que no cayó prisionero, rindió la vida". De otro lado, en un despacho transmitido desde Arica a Patricio Lynch en Iquique, Máximo R. Lira afirmó: "En la Ciudadela la lucha fue terrible. Creo que habrán escapado muy poco de sus defensores, tantos eran los muertos. Nuestros caballos entraban la uña en los charcos de sangre. Luego cayó el segundo fuerte, luego después el Morro, que estuvo haciendo fuego contra los anteriores ocupados ya por nuestras tropas".

El comandante peruano Manuel C. de la Torre en su parte fechado a bordo del Limarí el 9 de junio, dio la siguiente versión: "Palmo a palmo y con empeñoso afán fueron defendidas nuestras posiciones hasta el Morro donde nos encerró y redujo a unos cuantos el dominante y nutrido fuego del enemigo más de una hora. Eran las 8.59 a.m. cuando todo estaba perdido: muertos casi todos los jefes prisioneros los únicos que quedaban". La Torre cuidó mencionar que fue "arriada por la mano del vencedor nuestra bandera". En términos parecidos se expresó Saenz Peña (Arica 9 de junio). El corresponsal de El Mercurio incluyó en su crónica, fechada el mismo 7 de junio las siguientes frases: "Sólo More y Bolognesi continuaron haciendo fuego con sus revólveres hasta que un soldado tendió muerto instantáneamente a éste de un balazo que le atravesó el cráneo. El mayor Zaldívar (se refiere al autor del parte ya mencionado) se adelantó entonces hacia More intimándole rendición; pero éste en lugar de contestarle hizo con él un disparo de revólver y Zaldívar sacando el suyo le dio uno en el pecho que le causó la muerte al instante". Luis Solo Zaldívar rectificó esta noticia aseverando: "Cuando yo entré en esa fortificación eran ya cadáveres (Bolognesi y

More) y todos, oficiales y tropas de este regimiento que ahí se batieron están conformes en creer que ambos jefes cumplieron ese día con su deber. El corresponsal de El Ferrocarril de Santiago expresó: "Los enemigos se han batido muy bien como que sabían que la cosa valía la pena, pues no se daba cuartel en el combate". El Mercurio, en el editorial destinado a celebrar la victoria, no tuvo reparos para comparar a Bolognesi y a More con los más celebrados héroes que Chile había presentado hasta entonces en la guerra.

Sin embargo, Manuel I. Espinoza, comandante de la batería del Morro, en su parte fechado en la Aduana de Arica el 7 de junio contradujo en la siguiente forma a los testimonios chilenos y peruanos mencionados y a otros emitidos en sentido similar: "Mientras tanto, la tropa que tenía su rifle en estado de servicio seguía haciendo fuego en retirada hasta que los enemigos invadieron el recinto haciendo descargas sobre los pocos que quedaban allí; en esa situación llegaron a la batería el señor coronel don Francisco Bolognesi, jefe de la plaza, coronel don Alfonso Ugarte, el teniente coronel Roque Sáenz Peña que venía herido, sargento mayor Armando Blondel y otros que no recuerdo; y como era inútil toda resistencia, ordenó el señor comandante general que se suspendiesen los fuegos, lo que no pudiendo conseguirse de vida voz, fue el señor coronel Ugarte personalmente a ordenarlo a los que disparaban sus armas al otro lado del cuartel, en donde dicho jefe fue muerto". Y después de narrar que trasmitió la orden de hacer reventar todos los cañones de la batería, agregó: "A la vez que tenían lugar estos acontecimientos, las tropas enemigas disparaban sus armas contra nosotros y encontrándonos reunidos los señores coronel Bolognesi, capitán de navío More, teniente coronel Sáenz Peña, el que suscribe y algunos oficiales de esta batería, vinieron aquéllas sobre nosotros y a pesar de haberse suspendido los fuegos por nuestra parte, nos hicieron descargas de las que resultaron muertos el señor comandante general, coronel don Francisco Bolognesi y comandante de esta batería, señor capitán de navío don Juan G. More, habiendo salvado los demás por la presencia de oficiales que nos hicieron prisioneros".

Surge así una divergencia entre este testimonio (que fue aceptado por el historiador inglés Markham y los chilenos Vicuña Mackenna, Bulnes y Molinare y los

documentos chilenos, oficiales y no oficiales, emitidos inmediatamente después de la lucha. ¿No es lógico suponer que los partes chilenos y las versiones de actores, testigos y corresponsales de esta nacionalidad, en el caso de que Bolognesi hubiese ordenado suspender los fuegos, habrían tenido mucho cuidado en divulgarlo de modo especial? ¿Cómo se explica que el corresponsal de El Mercurio dijera textualmente: "Sólo More y Bolognesi continuaron haciendo fuego con sus revólveres hasta que un soldado tendió muerto instantáneamente a éste de un balazo que le atravesó el cráneo?" ¿Inspiró a Espinoza un ciego respeto de la verdad en todos sus detalles, o algún otro sentimiento como, por ejemplo, el de culpar a los chilenos por máximos excesos de crueldad, para hacerlos aparecer como verdaderos asesinos de un puñado de hombres inermes? ¿Por qué razón la posteridad va a creer a Espinoza y no a Roque Sáenz Peña? ¿Van a escatimar los peruanos el homenaje que deben a la muerte de Bolognesi cuando los primeros en rendírsele fueron Luis Solo Zaldívar, Pedro Lagos, Manuel Baquedano, Máximo R. Lira, sus adversarios en el lugar de la acción? ¿No se anticipó al veredicto de la historia el primero de los jefes chilenos antes citados, Luis Solo Zaldívar, comandante del batallón que capturó el Morro cuando afirmó: "Todos, oficiales y tropas de este regimiento que ahí se batieron, están conformes en creer que ambos jefes (Bolognesi y More) cumplieron ese día con su deber"?

Y si los fuegos fueron suspendidos cuando todo estaba consumado (en el caso de haber sido así) este hecho discutido no enerva el significado evidente de la resistencia en el Morro. El mismo Espinoza, después del párrafo ya transcrito, declara: "Al relacionar los hechos que anteceden, me es satisfactorio hacer presente que, cumpliendo con los deberes de peruanos y de militares, hemos defendido palmo a palmo y hasta su límite con el mar, el terreno cuya guarda y defensa nos estaba encomendada y que hemos sido vencidos por el número de tropas y por la superioridad de los elementos". El último cartucho había sido quemado. No se concibe en un hombre del temple de Bolognesi, que había expresado libre, voluntaria y nítidamente su voluntad de ir a la lucha, otra actitud sino la de defender hasta donde humanamente fuera posible "palmo a palmo y hasta su límite con el mar", el terreno "cuya guarda y defensa" le había sido encomendada.

En una carta dirigida al Dr. Enrique C.

LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA)

Basadre fechada el 8 de noviembre de 1921 y publicada en El Comercio, Manuel A. Villavicencio, que condujo en su barco a Juan G. More de Iquique a Arica, después del naufragio de la Independencia, manifestó haber oído las siguientes frases pronunciadas por este infortunado marino: "He perdido el buque que la nación me confió; asumo la responsabilidad y pagaré con mi vida el desastre".

Los peruanos perdieron en Arica casi mil hombres, o sea los dos tercios de sus efectivos y el resto cayó prisionero.

Soldados de la división de Ugarte pertenecientes a los batallones Iquique y Tarapacá que habían sido tomados prisioneros, fueron fusilados en la plazuela de la Iglesia de Arica en cuyo piso, según se aseveró quedaron durante muchos años, huellas ensangrentadas. Hubo saqueo e incendios, ataque a consulados y muchos otros desmanes. Los excesos de la soldadesca -afirmase por los chilenos provinieron de la indignación por la creencia de que hubo empleo de las minas aún en lugares teóricamente ajenos a ellas. La matanza de heridos y prisioneros se generalizó. El Morro de Arica y la ciudad quedaron empapados en sangre peruana.

LA SOLEDAD DE LOS DE ARICA.

Existe en casos ícnicos el heroísmo que soberbio, se yergue frente a un desafío supremo a veces inesperado y supera con creces cuanto se puede esperar humanamente del cumplimiento del deber. Existe de otro lado, el heroísmo que logra prolongación en el tiempo al nutrirse y ahondarse en la acción reiterada, quizás feliz o, por lo menos, estimulante a menudo con el nimbo del aplauso de propios y de extraños.

EL HEROÍSMO DE LOS DEFENSORES DE ARICA OSTENTA CARACTERES ESPECIALES.

En el ámbito temporal fue largo y para ellos insoportable. Empezó con el acuerdo adoptado por los jefes después de la batalla de Tacna, se agigantó en la gallarda actitud frente a los reiterados bombardeos, tuvo un símbolo lapidario en la respuesta de Bolognesi y de sus subordinados inmediatos y desembocó en la lucha porfiada y sin esperanza del 7 de junio.

Los jóvenes con sus ilusiones y los viejos con sus escepticismos, son representantes típicos en su mayoría, recuérdese los

significativos nombres de los batallones "Artesanos de Tacna", "Granaderos de Tacna", "Tarapacá", "Iquique", y recuérdese también la frase de Alfonso Ugarte en la carta a su primo Fermín Vernal citada en el presente libro, "Aquí en Arica tenemos solamente dos divisiones de nacionales"... ¿Quiénes eran los nacionales? Era la ciudadanía rápidamente armada, distinta del ejército profesional. Se ha hablado mucho acerca de los jefes de Arica, militares o marinos de carrera excepto el argentino Sáenz Peña.

No se ha estudiado a los oficiales jóvenes ni a los soldados. Ellos eran exponentes genuinos del pueblo tacneño, tarapaqueño o ariqueño. La batalla de Arica fue, en realidad, un drama cuyos protagonistas anónimos incluyeron a gente trabajadora y representativa de distintas clases sociales.

Oriunda de los territorios que los chilenos habían conquistado del sur del Perú o iban a invadir. Gente pacífica a quien la guerra sorprendió cuando estaba dedicada a sus labores modestas para empuñar de improviso las armas como ocurriera con el cuerpo de la guardia nacional llamado "Batallón Iquique N° 1" formado por Alfonso Ugarte en abril de 1879 cuyos componentes individualmente manifestaron "todos la espontaneidad con que se encuentran enrolados", según expresa la Orden General suscrita el 24 de julio de aquel año por el Coronel Belisario Suárez de acuerdo con la cual cada recluta estaba en posesión de dos vestidos de paño con chaqueta, pantalón, escarpín, corbatín y gorra o quepí gracias a la generosidad de Alfonso Ugarte.

Fue lugareña, pues, la mayoría de los defensores del Morro. Y esta nota distintiva que no ha sido justicieramente realzada, otorga a aquella jornada un significado especial. Estos defensores perdieron, durante demasiados días, todo contacto con el mundo. Ni siquiera les fue dable enviar o recibir mensajeros o "propios". Quedaron a solas con sus conciencias. Más lindo pareció, en la angustia de esa soledad, el aire tibio y aldeano que en el claro otoño ariqueño, acariciaba al puerto, a la isla del Alacrán y al Morro que eran como dos suburbios de él, y al mar gris verdoso poblado por las formidables naves chilenas. Los sitiados fueron absolutamente conscientes de lo que significó para la Patria y para ellos mismos el desastre del Alto de la Alianza, epílogo de todas las jornadas infaustas a partir de octubre de 1879. En esos precisos momentos del enemigo no recibieron amenazas ni agravios. Como un

dedo frío e inflexible que hubiera tratado de borrar sus fervores, el mensaje reiterado y cortés pero ladino y brutal que hasta ellos llegó, díjoles que era preciso olvidar vanas ilusiones y aceptar la promesa halagadora de máximos honores, a cambio de salir de la ratonera en la que estaban encerrados. Y, a pesar de todo, optaron por luchar. En su desfile postrero, no los ungió la armoniosa música de sus bandas militares. Tuvieron, por el contrario, como compañeros al enfrentarse a la muerte disparos y bayonetazos y cuchilladas gritos y groserías. Hubo, así, en este puñado de hombres, un sombrío heroísmo deliberado. De ahí es que su sacrificio consciente tiene una capacidad inextinguible para conmover y para asombrar a través de las sucesivas generaciones.

Aquellos hechos y aquellos mártires no envejecerán nunca, cualesquiera que sean los cambios y las alternativas del porvenir. Nosotros, todos nosotros, nos volveremos viejos, moriremos y entraremos en el anonimato y a ellos, en cambio, los años no los condenarán. Y así como ocurrió, felizmente, con otros hechos y con otros personajes históricos, es la de ellos, una primavera sin ocaso en este país donde ha habido y hay tantas noches tenebrosas

ALFONSO UGARTE.

Entre los jefes caídos en Arica, al lado de un militar profesional tan ejemplar como Bolognesi y al lado de un marino tan desdichado y pundonoroso como More, estuvieron numerosos ciudadanos armados sólo con motivo de guerra. Símbolo de ellos fue Alfonso Ugarte Vernal. Símbolo también de la juventud acaudalada que se sacrifica gustosa y entusiasta ante el deber.

Había nacido en Tarapacá y bautizado el 13 de junio de 1847, es decir, contaba al morir 33 bellos años. No sólo heredó riquezas sino también supo crearlas como agricultor, comerciante y propietario del salitre. Educado en colegios mercantiles de Valparaíso y en Europa entre 1861 y 1867, joven de conducta alegre, fue también afanoso servidor público después del terremoto del 13 de agosto de 1869, alcalde de Iquique en 1876 y miembro de la Beneficencia de dicha ciudad. Iba a viajar nuevamente a Europa por asuntos de negocios de la firma Ugarte Zeballos y Compañía que él había instituido, cuando surgió el conflicto bélico del sur y optó voluntariamente por quedarse. Hizo su testamento y dejó constancia de que aplazaba su matrimonio con su prima Rosa

Vernal. Inició una suscripción para el sostenimiento de la guerra y además pagó uniformes, vituallas y acémilas. Formó un batallón y equipado con su peculio, el batallón Iquique, cuyo comando tuvo. Puso su fortuna al servicio de la Patria, sin limitaciones. Luchó en San Francisco y en Tarapacá; en esta última jornada siguió en la contienda hasta el fin a pesar de haber sido herido en la cabeza. Cuando concluyó la batalla recorrió el campo para contener el repase de heridos y la inmolación de prisioneros efectuados como venganza por los desmanes cometidos antes por los soldados chilenos. Rehusó, al llegar a Arica, retirarse de la guerra o irse a curar en Arequipa el paludismo recientemente adquirido y la grave herida de Tarapacá. Perteneció a la guarnición de Arica; y allí el 22 de mayo de 1880 participó en la hermosa ceremonia de bendición de la bandera obsequiada por las señoras de su tierra natal al batallón Iquique: entonces fue hecho el juramento de defenderla hasta morir. Por esos días escribió Ugarte a su primo Fermín Vernal una carta en la que le decía: "Aquí en Arica tenemos solamente dos divisiones de nacionales (ciudadanos armados y no soldados de línea)... Estamos resueltos a resistir con toda la seguridad de ser vencidos". Acompañó a Bolognesi, con los demás jefes, en la escena de la respuesta histórica. Luchó denodadamente el 7 de junio, él de quien se dijera (en un bello artículo que publicó La Patria el 21 de junio de 1880) que no había nacido para combates pues su carácter apacible, su dulce condescendencia con los que le rodeaban, especialmente con aquellos que formaban el íntimo y amistoso círculo de cada día, le hacían inaparente para la severa y áspera carrera de las armas".

La versión de que Alfonso Ugarte se había inmolado voluntariamente circuló bien pronto en el Perú. Un telegrama oficial fechado en Quilca el 15 de junio, comunicó lo siguiente, después de haber informado en un despacho anterior acerca del resultado del combate de Arica según datos del vapor inglés Columbia llegado del sur: "El coronel Alfonso Ugarte, como los demás, no quiso rendirse y habiéndosele acabado la munición, hecho mano de su revólver, empleando bien sus tiros; pero como fue acosado por gran número de chilenos, pereció al fin en un caballo blanco". Léese en el artículo de La Patria del 21 de junio de 1880 antes citado: "El último acto de la corta pero interesante carrera de Alfonso Ugarte revela cuanto era capaz esa alma verdaderamente grande.

LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA)

Acosado por innumerables enemigos, vencido ya en la cumbre del Morro histórico, presenciando la mutilación de los caídos, la profanación de esas reliquias sagradas del heroísmo, quiso sustraerse a las manos enemigas y clavando las espuelas en los ijares de su caballo, se lanzó al espacio desde aquella inmensa altura para caer despedazado sobre las rocas de la orilla del mar". Quienes se fijan sólo en la cruel maldad de la lógica niegan esta versión que no está acogida en ninguno de los partes peruanos sobre la batalla del 7 de junio ni por otros testigos oculares, aunque sí por Markham. Pero ella podría tomarse como un símbolo de la voluntad de sacrificio que es visible en toda la actuación de Alfonso Ugarte en la guerra. La emoción colectiva, habría puesto, pues, un ropaje de poesía épica a una realidad esencial. Alfonso Ugarte, el millonario de Tarapacá, el joven apacible, se lanzó simbólicamente con su caballo a la inmensidad mucho antes del 7 de junio.

EL CADÁVER DE ALFONSO UGARTE.

El párroco de Arica José Diego Chávez certificó en el libro de entierros que sepultó el 15 de junio de 1880 "en el panteón de ésta, el cuerpo del coronel Alfonso Ugarte que fue encontrado al pie del Morro (la cursiva es de J.B.), y de allí se depositó en el respectivo nicho".

En 1890 fueron repatriados los restos de las víctimas de las Campañas del Sur y de la de Huamachuco. Dichos despojos mortales fueron desembarcados en el Callao el 13 de julio de 1890. Antes, en Arica, don Carlos M. Ostolaza señaló el nicho que guardaba parte del cadáver de Alfonso Ugarte en el cementerio de Arica. Abierto el cajón, "se encontraron fracciones del cuerpo y un calcetín de hilo con la marca de su nombre (El Comercio de Lima, 10 de julio de 1890). En el fúnebre cortejo un carro especial construido por un grupo de tarapaqueños llevó los restos de Alfonso Ugarte y en el cementerio ellos fueron conducidos hasta el mausoleo del Mariscal Castilla por cuatro ciudadanos de ese departamento.

Doña Rosa Vernal de Hillingher, la madre del héroe que se había casado en segundas nupcias con el súbdito alemán Hillingher mandó construir en Barcelona un mausoleo para el cementerio de Lima y a él fueron conducidos los restos del héroe a los que se agregaron después los de esta dama fallecida en Barcelona en 1903 y las de

Isabel Ugarte Vernal que murió en París en 1938. En 1952, el Centro Tarapacá de Damas colocó en el mausoleo una placa de bronce en homenaje a doña Rosa con la transcripción de unas palabras que ella pronunció en 1879: "Si todas las madres retirasen a sus hijos del ejército, ¿quién defendería a su patria?". El 20 de octubre de 1979, por iniciativa del Centro de Estudios Histórico-Militares que preside el Dr. Geraldo Arosemena Garland, fue abierto el ataúd que contenía los restos de Alfonso Ugarte y se encontró que ellos estaban envueltos en una tela descolorida con los colores de la bandera nacional y que tenía fragmentos del uniforme del ejército que estaban en buen estado sobre todo el cráneo y la cara.

LO QUE UGARTE, RAMÓN ZAVALA Y BILLINGHURST Y OTROS PUDIERON SIGNIFICAR PARA EL PERÚ.

Desde comienzos de 1879 habíase presentado en el Congreso peruano un proyecto de ley para acabar con la llamada estatización de las salitreras de Tarapacá y volver al sistema de la libre empresa. Aclarados en el terreno de las hipótesis -que no son totalmente superfluas pues contribuyen a redondear los conceptos- cabe imaginar con mucha audacia, una victoria peruana en la guerra. Los hombres de empresa, figuras representativas de la vida tarapaqueña que hubiesen sido favorecidos con la ley antedicha, habrían tomado los caracteres de una clase de dirigente nacional. Aureolados por sus hazañas bélicas, Alfonso Ugarte, Ramón Zavala, Guillermo Billinghurst y otros que no ostentaron los representativos de la oligarquía agro-exportadora, pudieron alcanzar más vigencia que ésta. Hubieran carecido de la tara que implicaba el trabajo semi-feudal de los chinos. Eran hombres de trabajo, muy unidos al pueblo, pues hasta se divertían con ellos, muy peruanos en sus hábitos, sus ideas, sus gustos sus afanes. Quizás allí hubieran estado el germen de una nueva clase conductora celosamente patriota que no tuvimos.

LA EFICACIA DE LAS FORTIFICACIONES DE ARICA.

Los manuales escolares han divulgado, a través de muchas generaciones, el episodio del paso de las Termópilas, defendida en la guerra entre Persia y los griegos no por un

ejército sino por un destacamento espartano cuyo heroísmo y consciente sacrificio, aureolado por la frase magnífica de Leonidas, perduran entre las memorias inmortales de Europa. La figura de Efiltes apareció en esta estampa como la del hombre que facilitó el acceso de los invasores a las posiciones de los espartanos. El Perú vio en Arica otra Termópilas y en Bolognesi otro Leonidas y no faltó quien buscara también otro Efiltes. El hecho de que el ingeniero Teodoro Elmore hubiese sido capturado casi inmediatamente antes del asalto de Arica hizo difundir entre algunas personas, apasionadas, simples o malvadas, la versión de que había entregado a los chilenos el secreto de las fortificaciones, lo cual podía explicar la captura de esa plaza.

En realidad, no hubo en el curso del combate acto alguno de los jefes, oficiales o soldados chilenos que revelara el propósito de malograr las minas utilizando el conocimiento de su ubicación o de sus características. "De repente resuena un sordo mugido (escribió el corresponsal de El Mercurio pero confunde a una explosión de pólvora con las minas) y al instante, sin un segundo de intervalo, se abre la tierra, saltan los sacos, se desquician las cureñas, sube al cielo un pelotón confuso de humo, de tierra, de trozos de fierro, de piernas, de cabezas, de cadáveres. Ha estallado una mina. Han muerto veinte peruanos. Pero han muerto también diez chilenos; allí están sus miembros mutilados, sus carnes palpitantes; aquella mina estaba destinada para ellos. No hay cuartel. La sangre pide sangre. Las minas, corvo. Y todos son pasados a cuchillo".

Por dificultades de orden técnico, por estrecheces económicas, por carencia o insuficiencia de los materiales indispensables, las fortificaciones de Arica no hubieran podido nunca dar la victoria a los defensores de la plaza. Las baterías emplazadas frente al mar y el Manco Cápac tuvieron en jaque en todo momento a la escuadra enemiga; pero habrían sido necesarios elementos más imponentes y tropas mucho más numerosas para contrarrestar, dentro de circunstancias favorables, la acometida de las fuerzas de tierra, por cierto muy numerosas.

EL MISTERIO DE LAS MINAS DE ARICA.

El alférez Francisco Gaviria Gómez (autor de una reseña inédita sobre el combate de Arica, gentilmente suministrada al autor de

este libro por su hijo, el ingeniero Manuel E. Gaviria) dice: "Con la dinamita (que Montero había mandado enterrar y que, por orden de Bolognesi, el mismo Gaviria desenterró más tarde) se colocó gran cantidad de minas, de algún poder bien determinado, en los distintos puntos por donde era presumible que entrase el enemigo y, en algunos sitios, formando triple defensa. También se pusieron en el Morro, en Cerro Gordo y aun dentro de la población. Todas con sus alambres subterráneos hasta una oficina colocada junto al cuartel del Morro; de manera que de ahí era fácil manejarlas, o mejor dicho hacerlas estallar a voluntad por medio del aparato eléctrico correspondiente. Estas obras de defensa constituían el principal medio por el cual creíamos que Arica sería inexpugnable; que antes que fuese tomada por la abrumadora fuerza enemiga, volaríamos junto con ella quitando a nuestra Patria más de 7.000 guerreros victoriosos de las tres armas, soberbiamente equipados, con el pequeño sacrificio de 1.600 y tantos hombres que éramos nosotros ¡Vana ilusión! Sí; cuando llegó el momento, el día 7 de junio, de estar ya arrollados por el enemigo y volar juntos ¡nada! El encargado tocó los botones del aparato sin resultado; dio parte al jefe del Morro, comandante More; fue éste en persona y... se conocía que habían sido cortados los alambres".

Tan luego que el enemigo avanzó (narra el ecuatoriano J. Pérez en el folleto ya mencionado) la resuelta voz del comandante More hizo oír la orden de "Fuego a Santa Bárbara". Corre el operador a obedecerla; es éste secundado por el capitán Nieto pero sea que el fulminante falló, sea que la precipitación del momento dejó algún requisito sin llenar en el delicado manejo de la electricidad, o en fin, sea que el circuito se cerró en el cuerpo de los operadores, pues éstos dicen haber sentido la conmoción eléctrica al juntar los alambres, lo cierto es que el depósito de pólvora permanecía mudo".

El corresponsal de El Nacional de Lima en Arica dio cuenta de lo sucedido en los siguientes términos: "Bolognesi había organizado la resistencia en las alturas después de haber estado en lo bajo, en la ciudad, en el sitio en donde se tenía el aparato para la explosión de las minas; había querido dar fuego a una y luego a otra, sin que ninguna reventara hasta que, convencido de que no debía contarse con ese medio de defensa exclamó colérico: "Estamos perdidos".

En una carta que Teodoro Elmore dirigió a

LA ÚLTIMA CAMPAÑA DEL EJÉRCITO PROFESIONAL (TACNA)

La Prensa de Lima el 7 de junio de 1918 afirmó, sin embargo, que todas las minas del Morro estallaron, así como las de los fuertes. Pero en la carta a su madre antes citada, escribió: "La defensa estaba preparada con una red de minas que no se ha hecho estallar; los polvorazos y la santabárbara tenían sus mechas; los cañones sus cargas para destruirlos, etc., etc. y sólo un polvorazo y unos cuantos cañones han sido reventados lo que, a buen seguro, no hubiera sucedido yo adentro".

Las minas eléctricas cargadas con dinamita habían sido colocadas en varios puntos estratégicos del campo atrincherado y en tres lugares de la ciudad de los cuales estaba a un costado del hospital de San Juan de Dios. Los alambres destinados a hacer estallar estas minas partían del Morro, donde hallábase la planta eléctrica a la que estaban conectados.

Gerardo Vargas acepta la opinión de Fermín Federico Sosa, subprefecto de Arica, quien atribuía el hecho de no haber funcionado las instalaciones no a una falla del armamento (como parece creer Pérez), sino a que los alambres transmisores habían sido colocados a flor de tierra en las calles de la ciudad y en los cerros que la rodean, o sea al alcance de extranjeros que pudieron malograrlos. Esta tesis la defendió mucho antes de editar su libro, desde las columnas del periódico El Morro de Arica por él publicado en aquel puerto en una época en que aún sobrevivía el señor Sosa.

Una de las versiones chilenas (no la única, como se verá en seguida) afirma que, al ser capturado Elmore, se le encontró con los planos de las minas. Un telegrama oficial de Lynch a Santiago el 4 de junio contiene un parte de la Covadonga transmitiendo por señales semafóricas la noticia dada desde tierra: "Fue capturado un individuo que ayer por la mañana hizo saltar una mina cerca del campamento de los Carabineros de Yungay. Se tienen los planos de los fuertes y de las minas". Seguramente bajo el influjo de este dato, Gonzalo Bulnes afirmó en su libro Guerra del Pacífico: "El plano de las minas y de las conexiones eléctricas cayó en poder de los chilenos". Cabe observar, sin embargo, que no era lógico que Elmore llevara consigo documentos tan importantes cuando emprendió una aventura tan arriesgada, lejos de la protección de la plaza de Arica.

En una carta al diario de Lima La Patria inserta en el folleto que escribió para

defenderse (y que reprodujo en 1902) Elmore no mencionó nada sobre los planos sino se ocupó de desmentir la acusación de que él había revelado verbalmente el contenido de ellos. Acompañó testimonios en ese sentido de chilenos que intervinieron en su captura, entre ellos el mayor Augusto Orrego (quien lo interrogó cuando fue tomado prisionero), el comandante Domingo de Toro y el jefe de ese ejército coronel Pedro Lagos, así como cartas que no podían tener sino el título de respaldo moral de peruanos como el subprefecto de Arica F.F. Sosa, el 2º jefe del Morro M.I. Espinosa, el jefe de batería de ese lugar Daniel Nieto y otros desvirtuando la calumnia.

Afirmó Elmore, además, que los trabajos dependían de cuatro personas distintas y que él no conocía sino lo que de él dependió; agregó que se redujo a minar las dos eminencias de Cerro Gordo y una cuchilla de su inmediación en trabajos de pocos días, simples taladros de dos pulgadas de diámetro por un metro ochenta de profundidad conexiónados con trozos de viejo alambre de jarca que hallaron botados en la aduana y aislaron con papel y engrudo; reveló también que de su peculio compró tornos, baldes de fierro, sogas, acero y otras cosas.

La tesis fundamental de Elmore de que no reveló al enemigo nada de importancia fue aceptada por el historiador chileno Vicuña Mackenna, quien se basó en las declaraciones de Orrego y de Lagos. Vicuña Mackenna contradujo, pues, aquí a Bulnes. Elmore afirmó, además, que sus declaraciones y las de su compañero Ureta "hicieron perder la confianza al enemigo e impidieron que la plaza fuese tomada el 3 de junio, dando lugar a la resistencia que se hizo en los días 5 y 6 y con ella, a su gloria". Adujo que algunas de las minas llegaron a estallar en el combate; pero se explayó para reforzar la tesis de que "la fortificación de Arica más fue moral que efectiva, de modo que la plaza tenía que caer fácilmente el día que se le atacase resueltamente con las tropas que los chilenos le opusieron".

En resumen, los jefes chilenos que intervinieron en la captura de Elmore negaron que éste hubiese revelado cosa de importancia. No se comprende por qué razón ajena a la verdad hubiesen hecho estas uniformes declaraciones. Ellos nada dijeron, en cambio, sobre la versión de que Elmore fue hallado con los planos de las minas. Indiscutible es, por cierto, que los sitiados de Arica no tenían los materiales técnicos para forjar con eficiencia esa defensa.